APAGADO AUTOMATICO

Por Eduardo Blaustein



Buenos Aires/12.40
Amor:
Compré tira, vacío, chorizos, chinchulín y salchicha parrillera. Pero no conseguí morcilla vasca y en lo de Juanca me cerraron justo. ¿No te cruzarías a la tarde? Comprá por lo menos cuatro que a tus viejos les encanta. ¿Querés entraña?
Beso.
P.D.: No alquiles película para hoy. Tenemos que hablar. Estoy loco con una mina. Queremos irnos en Semana Santa. No te asustes. No te rayes. Está todo bien.
Te quiero/M.

Bs. As./14.05
Hola amor. Soy yo. ¿No llegaste todavía? Me apuro antes de que se termine la cinta. Estuve medio animal con el papel que te dejé. Sorry sorry sorry pero es una historia muy rara. No es con vos. Sólo te pido que no dramatices. Va a ser una única vez. Muchos muchos besos. Acordate de las morcillas. Te requiero. Ah: y la entraña.

Bs. As./14.55
Otra vez yo. ¿Dónde te metiste? Te llamé al laburo y me dijeron que te habías ido temprano. Yo ahora salgo y vuelvo a la oficina a las seis, seis y media. Llamame si tenés ganas. ¿Viste el mensaje?... ¿Las morcillas?... Llamame apenas puedas. Se va a cortar la cinta.

Bs. As./18.40
Amor, volví. A las siete tengo que subir a Promoción y Ventas. Por favor si estás ahí contá hasta diez y llamame. Metele antes de que cierre la carnicería. Te quiero.

Bs. As./19.50
No me llamaste amor. Salgo para allá. Yo no busqué esta historia, es como misteriosa, apareció. Espero encontrar morcilla vasca en el camino. Hasta luego. Lo de Semana Santa serían tres o cuatro días. No más. O dos.

Bs. As./19.53
¿Laura? Mirá, vos no me conocés pero... soy la chica que... de la que te habló Miguel... la de los mensajes. Disculpame que me meta así en tu grabador pero sólo quería decirte que Miguel te requiere y ni él ni yo queremos joderte la vida. El está desesperado con el papel que te dejó... Laura: yo nunca le jodí la vida a nadie. Tengo 19 años y nunca encontré gente tan buena como Miguel y vos... ¿Se cortó? Digo que él habla cosas muy lindas...

Bs. As./19.54
Ay, que papelón. Soy otra vez yo, me siento rerridícula... No sé qué decirte. Perdonalo a él por lo menos.

Bs. As./20.24
Laura, soy ésa. Me llamó Miguel a mi casa. Se le quedó el auto en Gaona y no pudo enganchar con la característica de tu tubo. Dice que consiguió la morcilla. Me pidió que te dijera si no querías salir todos juntos en Semana Santa... O sea, con tus viejos. A mí de todas maneras no me iban a dejar tomar esos días en la empresa. Un beso. ¿Nos conoceremos algún día? ¿Conseguiste entraña?

Bs. As./20.27
¡Amor! Me cago en Telecom. No me pude comunicar en todo el día con vos. Me fui del laburo a lo de mamá. Estuvimos viendo fotos y se nos pasó el día hablando boludeces. Aprovecho que Martita va para allá y me lleva en el auto. Pero recién llego después de las diez. Si querés cocinate algo. Yo ya anduve picando demasiado. Besos. ¡Ah! ¿Conseguiste morcilla vasca? Se va a cortar la cinta. Sos el marido más bueno que conozco.

LECTURAS

VIRGINIA

Por Diego Fischerman

Diego Fischerman (1955) no se conforma con ser periodista especializado en asuntos musicales y suele escribir cuentos aparentemente tranquilos.

Cuentos que no demoran en mostrar dientes de perro rabioso y personajes que —para bien o para mal— sólo pueden haber nacido en nuestro hermoso país.

Ignoro qué pasó después. Todo sucedió hace tiempo y, cuando llegó al punto que creo culminante, hacía bastante que, aunque por motivos diferentes, ya no salía de la casa.

Recuerdo de esos días, quizá con mayor claridad que la del peligro creciente, la imagen de estar leyendo *En otra parte*, de Rodolfo Rabanal; levantando cada tanto la vista y recostado contra el paredón del patiecito cuya puerta de acceso debí clausurar más adelante, mientras Virginia, desnuda, hacía gimnasia bajo el sol despiadado de febrero en el hemisferio sur.

Pequeñas gotas de sudor iban apareciéndole sobre la piel tensa y bronceada de los muslos, los músculos endureciendo la lustrosa superficie una y otra vez, en tanto las piernas estiradas —dibujándose una muy suave *ese* o extendida onda descendente y ascendente desde las rodillas hasta la punta de los pies, recorriendo en su hondonada los tobillos y elevándose en el empeine arqueado— subían y bajaban cruzándose en el aire.

Es como si volviera a verla ahora. El hilo de transpiración que desde el cuello, surcando el pecho y deteniéndose alrededor de los irisados pezones, atravesaba el vientre en un plano discretamente inclinado, sostenido por los antebrazos y las manos bajo la cintura, para formar cristales que reverberaban, restallantes, sobre el vello del pubis, resbalando luego, definitivamente, por la entrepierna hacia las baldosas recalentadas y ya resbaladizas.

—Hagamos de cuenta que no pasó nada; vayámonos un mes a Gesell y desenchufémonos —había dicho Virginia cuatro noches después de la que sería la última vez en que hiciéramos el amor y dos días de que la terapeuta de pareja nos aconsejara no volver a intentarlo hasta marzo, mes en el que, según pensábamos, reanudaríamos el tratamiento.

—En realidad no sentí absolutamente nada —me había dicho, con sus tobillos todavía cruzados detrás de mi espalda y los labios de la vagina aún húmedos de esperma—; lo que necesitaba, creo, no sé, lo estuve hablando en mi análisis, era probarme que podía hacerte gozar.

Alquilamos, finalmente, un chalet en una urbanización inconclusa a unos tres kilómetros de Ostende, lo que me permitiría leer, escribir y escuchar música sin distracciones innecesarias. Virginia también pedía ser respetada en su deseo de soledad. Quería poder pensar sin presiones en lo que le estaba pasando conmigo y, con frecuencia, salía durante horas a caminar o, como me decía después, a sentarse mirando el mar. En esos momentos, cuando abrazada a sus piernas, sentados ambos en el suelo, con el pelo cayéndole apenas sobre los ojos que algunos no vacilarían en definir como del color de la miel y los pies descalzos jugando a hacer círculos sobre los diseños de la cerámica del piso del living, me contaba lo que había hecho durante el día, la sentía cálida y cercana. El episodio con su amante —un musicólogo especializado en cantos de trovadores— parecía definitivamente superado y yo pensaba que algo podría recuperarse.

Nos turnábamos para hacer las compras y comíamos cosas sencillas que yo preparaba. Generalmente hacía hamburguesas con carne picada que aplastaba con las manos, mezclándola con sal y condimento para pizza —un preparado de especias surtidas que incluye, sobre todo, orégano y ají—.

Dos veces por día me entretenía mirando cómo —regularmente y siempre en los mismos horarios— una avispa subía boca abajo la pared blanqueada a la cal del lado del dormitorio que daba al patio, llevando hacia las tejas cada vez una araña distinta, siempre inerte, los rosados quelíceros casi fláccidos.

Yo ya salía poco y por eso no fue extraño que fuera Virginia quien primero se diera cuenta.

—Hay más que siempre, es increíble cómo nadie hace nada —dijo un día al volver de una de sus caminatas.

—¿Y qué querés?, ¿que los maten?

—Lo que pasa es que los abandona la gente que se vuelve y no hay control de adónde van a parar; es muy cruel.

Probablemente no me hubiera fijado de no haber existido esa primera advertencia.

Cuando fui a comprar carne me crucé con no menos de cinco grupos, de entre siete y quince perros, todos amarillentos y con algo de ovejeros.

Comenzamos a hablar, como chiste, de nuestros encuentros con "los dingos". Es cierto que cada día veíamos más pero no parecía haber motivo de preocupación.

—Son perros, si no les hacés nada no hay ningún problema.

—El asunto es no demostrarles miedo —contestaba yo—, ellos detectan la adrenalina y la perciben como señal de peligro.

Al día siguiente, al abrir Virginia la puerta, se encontró con uno de los perros (imposible saber si era alguno de los que ya, por separado, habíamos visto) sentado frente a la puerta, las orejas erectas y la mandíbula inferior fuertemente apretada.

No podíamos asegurar que nos estuviera vigilando, pero su actitud era, sin lugar a dudas, acechante. La respiración agitada expandía y contraía su costillar a través de la pelambre del color de la paja.

Recordé algo que alguna vez me habían dicho: los perros no discriminan al causante de una acción; si una piedra los golpea reaccionan como si ella fuera el origen mismo de la agresión.

—Vení —dije, mientras cerraba de un portazo —fijate que no queden ventanas abiertas.

Fui al patio y busqué un ladrillo que había bajo la pileta de lavar la ropa.

Volví al frente de la casa y, luego de comprobar, entreabriendo la puerta, que el perro seguía estando exactamente en la misma posición y en el mismo lugar, arrojé el ladrillo a través de la rendija. Lo incómodo de la postura —no quería exponerme abriendo del todo— y mi escasa puntería hicieron que el ladrillo cayera varios metros antes de su objetivo, en mitad de la calle de arena, amortiguándose así el golpe y saltando apenas algún fragmento en la dirección correcta.

Aun así pareció bastar.

El perro enderezó sus patas traseras, dio vuelta la cabeza y, con lentitud exasperante, comenzó a andar, aparentemente, rumbo a la costa.

En la otra casa que había en la cuadra vimos cómo se cerraba una persiana.

—¿Y ahora qué hacemos? Yo si no salgo por lo menos una vez en el día me muero de angustia.

—No te preocupes, es cuestión de organizarse —dije tratando de tranquilizarla, fingiendo una seguridad que no tenía—, habrá que ver cómo hacen los demás, tendríamos que hablar con alguien.

Virginia empezó a llorar, al principio con pequeños espasmos y luego con un gemido, agudo y constante.

Me abrazó y yo la acaricié en la nuca. Acerqué su cabeza y la besé, primero sobre los párpados y las mejillas mojadas por las lágrimas y luego en los labios. Se apartó enfurecida.

—No, no, vos no entendés nada.

Yo trataba de ocupar un lugar masculino sin dejar de comprenderla pero, en realidad, no sabía si lo que Virginia quería era que la entendiera o que fuera capaz de imponerme, aun llegando a la violencia. El caso es que, cuando por algún motivo ella sentía que no la respetaba, se alejaba todavía más y eso yo no podía resistirlo.

—Con palos, acá los ahuyentamos con palos —me dijo a la tarde el carnicero —pero espero que se vayan rápido porque tras que no hay casi nadie, los pocos que hay se arreglan con lo que tienen, o con el aire, vaya a saber, y nadie compra nada. Viene bien flojo este febrero.

Al principio pensé que la sombra que me acompañaba era la de una avioneta que anunciaba algo que no llegaba a oír porque iba con el walkman puesto. Entonces los vi.

Eran nueve, y uno, algo más grande que los demás, indudablemente funcionaba como el jefe.

Iba adelante, apenas unos pasos pero los suficientes como para marcar el rumbo y la cadencia de la marcha y alternaba las miradas que con sus ojos también amarillos me dirigía con las que, hacia atrás, al parecer, transmitían instrucciones a sus compañeros.

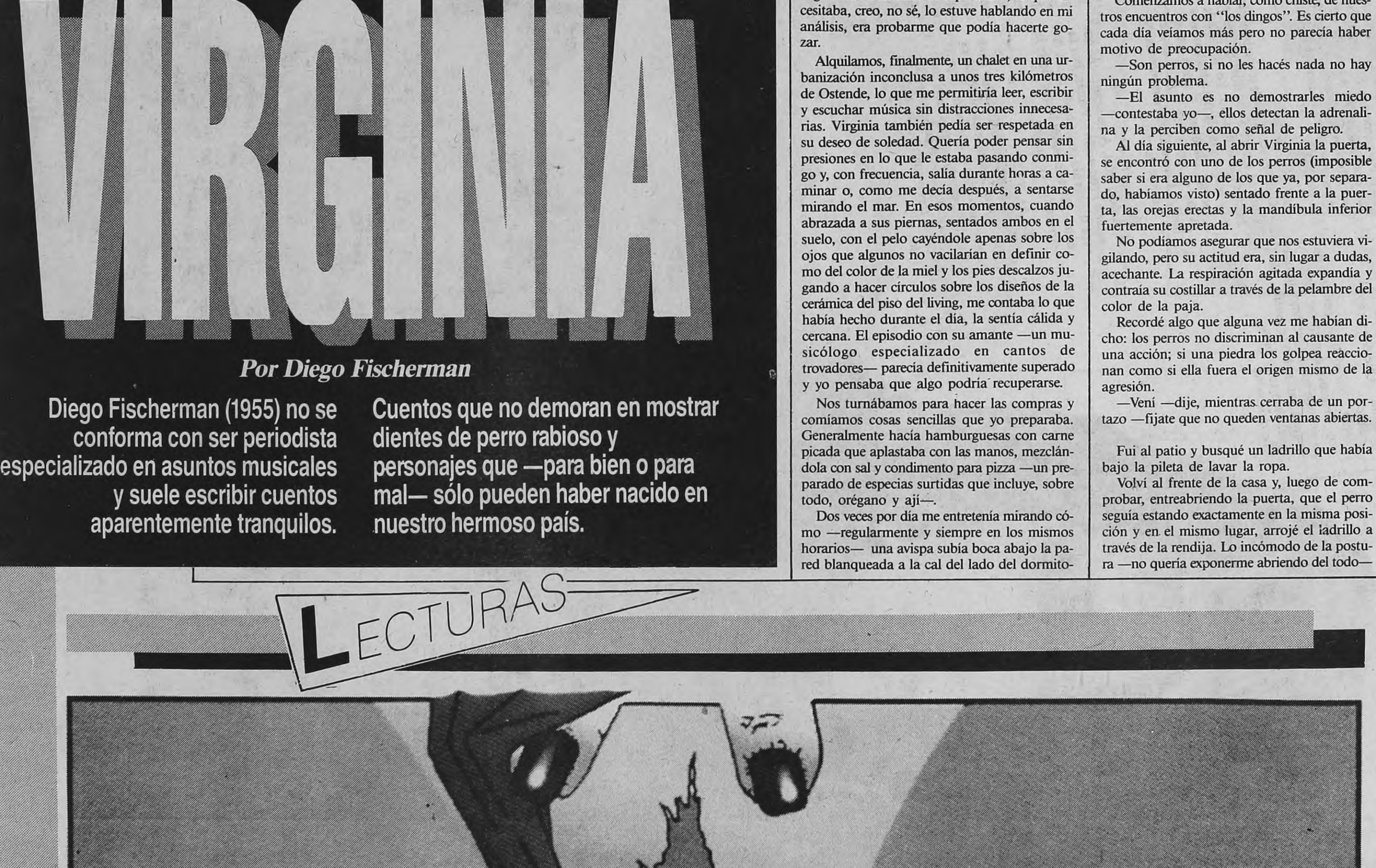
Un gruñido sordo, permanente, se imponía como la emisión de una radio portátil mal sintonizada, a nuestro avance.

Miré hacia atrás sin dejar de caminar, esperando algún tipo de ayuda, pero la carnicería había quedado ya lejos e invisible desde ese sector de los médanos en que las pocas casas que había, entre los pinos y eucaliptus, estaban cerradas.

Los perros no alteraban su velocidad ni se me adelantaban. Simplemente marchaban a mi lado manteniendo una calculada formación.

Parecía haber una vibración sorda, inaudible, que transmitían sus pasos regulares a la arena apisonada de la calle, aunque no puedo estar seguro de no haberla imaginado.

El sonido lejano del mar y el del suave viento del norte que se deslizaba entre las hojas de los árboles y los cardos de los baldíos se su-



LECTURAS



VIRGINIA

Por Diego Fischerman

Diego Fischerman (1955) no se conforma con ser periodista especializado en asuntos musicales y suele escribir cuentos aparentemente tranquilos.

Cuentos que no demoran en mostrar dientes de perro rabioso y personajes que —para bien o para mal— sólo pueden haber nacido en nuestro hermoso país.

Ignoro qué pasó después. Todo sucedió hace tiempo y, cuando llegó al punto que creo culminante, hacía bastante que, aunque por motivos diferentes, ya no salía de la casa.

Recuerdo de esos días, quizá con mayor claridad que la del peligro creciente, la imagen de estar leyendo *En otra parte*, de Rodolfo Rabanal; levantando cada tanto la vista y recostado contra el paredón del patiecito cuya puerta de acceso debí clausurar más adelante, mientras Virginia, desnuda, hacía gimnasia bajo el sol despiadado de febrero en el hemisferio sur.

Pequeñas gotas de sudor iban apareciéndole sobre la piel tensa y bronceada de los muslos, los músculos endureciendo la lustrosa superficie una y otra vez, en tanto las piernas estiradas —dibujándose una muy suave *ese* o extendida onda descendente y ascendente desde las rodillas hasta la punta de los pies, recorriendo en su hondonada los tobillos y elevándose en el empeine arqueado— subían y bajaban cruzándose en el aire.

Es como si volviera a verla ahora. El hilo de transpiración que desde el cuello, surcando el pecho y deteniéndose alrededor de los irisados pezones, atravesaba el vientre en un plano discretamente inclinado, sostenido por los antebrazos y las manos bajo la cintura, para formar cristales que reverberaban, restallantes, sobre el vello del pubis, resbalando luego, definitivamente, por la entrepierna hacia las baldosas recalentadas y ya resbaladizas.

—Hagamos de cuenta que no pasó nada; vayámonos un mes a Gesell y desenchufémonos —había dicho Virginia cuatro noches después de la que sería la última vez en que hiciéramos el amor y dos días de que la terapeuta de pareja nos aconsejara no volver a intentarlo hasta marzo, mes en el que, según pensábamos, reanudaríamos el tratamiento.

—En realidad no sentí absolutamente nada —me había dicho, con sus tobillos todavía cruzados detrás de mi espalda y los labios de la vagina aún húmedos de esperma—; lo que necesitaba, creo, no sé, lo estuve hablando en mi análisis, era probarme que podía hacerte gozar.

Alquilamos, finalmente, un chalet en una urbanización inconclusa a unos tres kilómetros de Ostende, lo que me permitiría leer, escribir y escuchar música sin distracciones innecesarias. Virginia también pedía ser respetada en su deseo de soledad. Quería poder pensar sin presiones en lo que le estaba pasando conmigo y, con frecuencia, salía durante horas a caminar o, como me decía después, a sentarse mirando el mar. En esos momentos, cuando abrazada a sus piernas, sentados ambos en el suelo, con el pelo cayéndole apenas sobre los ojos que algunos no vacilarían en definir como del color de la miel y los pies descalzos jugando a hacer círculos sobre los diseños de la cerámica del piso del living, me contaba lo que había hecho durante el día, la sentía cálida y cercana. El episodio con su amante —un musicólogo especializado en cantos de trovadores— parecía definitivamente superado y yo pensaba que algo podría recuperarse.

Nos turnábamos para hacer las compras y comíamos cosas sencillas que yo preparaba. Generalmente hacía hamburguesas con carne picada que aplastaba con las manos, mezclándola con sal y condimento para pizza —un preparado de especias surtidas que incluye, sobre todo, orégano y ají—.

Dos veces por día me entretenía mirando cómo —regularmente y siempre en los mismos horarios— una avispa subía boca abajo la pared blanqueada a la cal del lado del dormitorio que daba al patio, llevando hacia las tejas cada vez una araña distinta, siempre inerte, los rosados quelíceros casi fláccidos.

Yo ya salía poco y por eso no fue extraño que fuera Virginia quien primero se diera cuenta.

—Hay más que siempre, es increíble cómo nadie hace nada —dijo un día al volver de una de sus caminatas.

—¿Y qué querés?, ¿que los maten?

—Lo que pasa es que los abandona la gente que se vuelve y no hay control de adónde van a parar; es muy cruel.

Probablemente no me hubiera fijado de no haber existido esa primera advertencia.

Cuando fui a comprar carne me crucé con no menos de cinco grupos, de entre siete y quince perros, todos amarillentos y con algo de ovejeros.

Comenzamos a hablar, como chiste, de nuestros encuentros con "los dingos". Es cierto que cada día veíamos más pero no parecía haber motivo de preocupación.

—Son perros, si no les hacés nada no hay ningún problema.

—El asunto es no demostrarles miedo —contestaba yo—, ellos detectan la adrenalina y la perciben como señal de peligro.

Al día siguiente, al abrir Virginia la puerta, se encontró con uno de los perros (imposible saber si era alguno de los que ya, por separado, habíamos visto) sentado frente a la puerta, las orejas erectas y la mandíbula inferior fuertemente apretada.

No podíamos asegurar que nos estuviera vigilando, pero su actitud era, sin lugar a dudas, acechante. La respiración agitada expandía y contraía su costillar a través de la pelambre del color de la paja.

Recordé algo que alguna vez me habían dicho: los perros no discriminan al causante de una acción; si una piedra los golpea reaccionan como si ella fuera el origen mismo de la agresión.

—Vení —dije, mientras cerraba de un portazo —fijate que no queden ventanas abiertas.

Fui al patio y busqué un ladrillo que había bajo la pileta de lavar la ropa.

Volví al frente de la casa y, luego de comprobar, entreabriendo la puerta, que el perro seguía estando exactamente en la misma posición y en el mismo lugar, arrojé el ladrillo a través de la rendija. Lo incómodo de la postura —no quería exponerme abriendo del todo— y mi escasa puntería hicieron que el ladrillo cayera varios metros antes de su objetivo, en mitad de la calle de arena, amortiguándose así el golpe y saltando apenas algún fragmento en la dirección correcta.

Aun así pareció bastar.

El perro enderezó sus patas traseras, dio vuelta la cabeza y, con lentitud exasperante, comenzó a andar, aparentemente, rumbo a la costa.

En la otra casa que había en la cuadra vimos cómo se cerraba una persiana.

—¿Y ahora qué hacemos? Yo si no salgo por lo menos una vez en el día me muero de angustia.

—No te preocupes, es cuestión de organizarse —dije tratando de tranquilizarla, fingiendo una seguridad que no tenía—, habrá que ver cómo hacen los demás, tendríamos que hablar con alguien.

Virginia empezó a llorar, al principio con pequeños espasmos y luego con un gemido, agudo y constante.

Me abrazó y yo la acaricié en la nuca. Acerqué su cabeza y la besé, primero sobre los párpados y las mejillas mojadas por las lágrimas y luego en los labios. Se apartó enfurecida.

—No, no, vos no entendés nada.

Yo trataba de ocupar un lugar masculino sin dejar de comprenderla pero, en realidad, no sabía si lo que Virginia quería era que la entendiera o que fuera capaz de imponerme, aun llegando a la violencia. El caso es que, cuando por algún motivo ella sentía que no la respetaba, se alejaba todavía más y eso yo no podía resistirlo.

—Con palos, acă los ahuyentamos con palos —me dijo a la tarde el carnicero —pero espero que se vayan rápido porque tras que no hay casi nadie, los pocos que hay se arreglan con lo que tienen, o con el aire, vaya a saber, y nadie compra nada. Viene bien flojo este febrero.

Al principio pensé que la sombra que me acompañaba era la de una avioneta que anunciaba algo que no llegaba a oír porque iba con el walkman puesto. Entonces los vi.

Eran nueve, y uno, algo más grande que los demás, indudablemente funcionaba como el jefe.

Iba adelante, apenas unos pasos pero los suficientes como para marcar el rumbo y la cadencia de la marcha y alternaba las miradas que con sus ojos también amarillos me dirigía con las que, hacia atrás, al parecer, transmitían instrucciones a sus compañeros.

Un gruñido sordo, permanente, se imponía como la emisión de una radio portátil mal sintonizada, a nuestro avance.

Miré hacia atrás sin dejar de caminar, esperando algún tipo de ayuda, pero la carnicería había quedado ya lejos e invisible desde ese sector de los médanos en que las pocas casas que había, entre los pinos y eucaliptus, estaban cerradas.

Los perros no alteraban su velocidad ni se me adelantaban. Simplemente marchaban a mi lado manteniendo una calculada formación.

Parecía haber una vibración sorda, inaudible, que transmitían sus pasos regulares a la arena apisonada de la calle, aunque no puedo estar seguro de no haberla imaginado.

El sonido lejano del mar y el del suave viento del norte que se deslizaba entre las hojas de los árboles y los cardos de los baldíos se superponían, por momentos, al rítmico jadeo de los animales.

El perfecto y casi coreográfico movimiento con que me cerraron el paso fue, paradójicamente, imperceptible. Nada en el ritmo se alteró y fui absolutamente incapaz de anticiparlo.

Me quedé quieto. Otra cosa no podía hacer.

El perro más grande se aproximó, con la evidente aprobación de los demás y, acercando la cabeza a mi mano, casi con delicadeza, tomó entre sus mandíbulas la bolsa con la carne. Giró, displicente comenzó a caminar y, detrás de él, los otros perros volvieron al lugar del que habían venido, fuera cual fuese ese lugar. No podría jurarlo pero creo que movían la cola.

Tuvimos, juntos o por separado, varios encuentros más con jaurías de distinto tamaño y con perros solos pero, efectivamente, con palos era posible controlarlos.

Virginia empezó a animarse a salir sola, incluso comenzó a arreglarse, pintándose las uñas de los pies, poniéndose una cinta o una cadenita de oro en un tobillo y peinando su pelo negro de diferentes maneras; recogiéndolo un día en una cola de caballo, anudándolo otro en trenzas.

Seguía haciendo gimnasia en el patio (todavía no habían aparecido los perros que, más adelante, se animaron a saltar la medianera) y yo la encontraba, realmente, cada vez más linda.

Nunca olvidaba llevar un palo y el bolso con lo que pudiera necesitar durante sus caminatas.

Un día, en el que Virginia había salido temprano, cuando fui a comprar la carne encontré el negocio cerrado y con signos visibles de destrucción. Decidí llegar hasta el mercadito que estaba a seis cuadras pero mi suerte no fue distinta.

Luego de lidiar con varios grupos de animales —algunos más agresivos, otros prácticamente indiferentes— encontré una escena no demasiado diferente a la de la carnicería.

Durante el regreso, en el que debí caminar dando vueltas en redondo sobre mí mismo, constantemente, por el temor a ser sorprendido por detrás, junté una buena cantidad de flores de cardo para hervirlas y, condimentadas con pimienta y aceite de oliva, comerlas a la noche.

Estuve escuchando música en el walkman hasta que terminó de oscurecer (teníamos un riguroso sistema de turnos para su uso y ese día me tocaba a mí).

En un momento casi me dormí mientras sonaba el quinteto con clarinete de Brahms y pensaba en el ridículo segundo nombre que Virginia religiosamente ocultaba: Ema, pero no como Emma Peel sino con una sola "eme".

Comí solo y finalmente me fui a acostar.

Al tercer día comprendí que ella no regresaría y creo que no me sorprendí.

Es posible que siempre haya buscado el abandono pero, con certeza, no podría decir si efectivamente me dejó o fue víctima de un ataque.

De hecho, salvo por el olor como de lana sucia mojada que inunda el aire y que reemplaza al de las agujas de pino agitadas por la brisa marina que antes solía sentirse, no tengo aún ninguna prueba fehaciente de que estos animales ataquen a las personas.

ANDREOTTI 93



perponían, por momentos, al rítmico jadeo de los animales.

El perfecto y casi coreográfico movimiento con que me cerraron el paso fue, paradójicamente, imperceptible. Nada en el ritmo se alteró y fui absolutamente incapaz de anticiparlo.

Me quedé quieto. Otra cosa no podía hacer.

El perro más grande se aproximó, con la evidente aprobación de los demás y, acercando la cabeza a mi mano, casi con delicadeza, tomó entre sus mandíbulas la bolsa con la carne. Giró, displicente comenzó a caminar y, detrás de él, los otros perros volvieron al lugar del que habían venido, fuera cual fuese ese lugar. No podría jurarlo pero creo que movían la cola.

Tuvimos, juntos o por separado, varios encuentros más con jaurías de distinto tamaño y con perros solos pero, efectivamente, con palos era posible controlarlos.

Virginia empezó a animarse a salir sola, incluso comenzó a arreglarse, pintándose las uñas de los pies, poniéndose una cinta o una cadenita de oro en un tobillo y peinando su pelo negro de diferentes maneras; recogiéndolo un día en una cola de caballo, anudándolo otro en trenzas.

Seguía haciendo gimnasia en el patio (todavía no habían aparecido los perros que, más adelante, se animaron a saltar la medianera) y yo la encontraba, realmente, cada vez más linda.

Nunca olvidaba llevar un palo y el bolso con lo que pudiera necesitar durante sus caminatas.

Un día, en el que Virginia había salido temprano, cuando fui a comprar la carne encontré el negocio cerrado y con signos visibles de destrucción. Decidí llegar hasta el mercadito que estaba a seis cuadras pero mi suerte no fue distinta.

Luego de lidiar con varios grupos de animales —algunos más agresivos, otros prácticamente indiferentes— encontré una escena no demasiado diferente a la de la carnicería.

Durante el regreso, en el que debí caminar dando vueltas en redondo sobre mí mismo, constantemente, por el temor a ser sorprendido por detrás, junté una buena cantidad de flores de cardo para hervirlas y, condimentadas con pimienta y aceite de oliva, comerlas a la noche.

Estuve escuchando música en el walkman hasta que terminó de oscurecer (teníamos un riguroso sistema de turnos para su uso y ese día me tocaba a mí).

En un momento casi me dormí mientras sonaba el quinteto con clarinete de Brahms y pensaba en el ridículo segundo nombre que Virginia religiosamente ocultaba: Ema, pero no como Emma Peel sino con una sola "eme".

Comí solo y finalmente me fui a acostar.

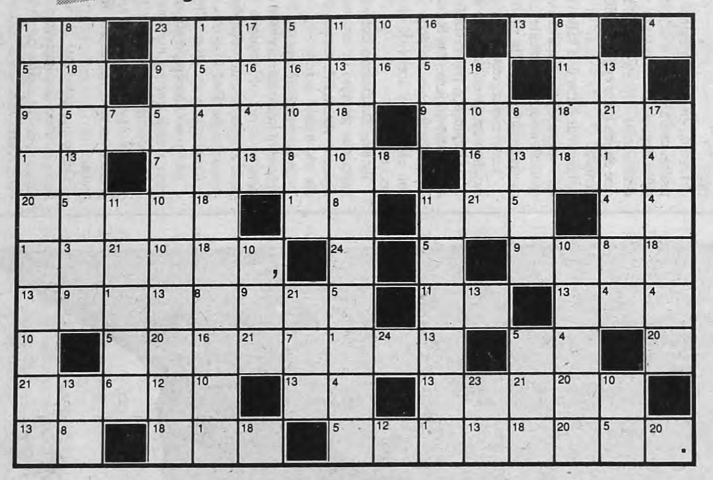
Al tercer día comprendí que ella no regresaría y creo que no me sorprendí.

Es posible que siempre haya buscado el abandono pero, con certeza, no podría decir si efectivamente me dejó o fue víctima de un ataque.

De hecho, salvo por el olor como de lana sucia mojada que inunda el aire y que reemplaza al de las agujas de pino agitadas por la brisa marina que antes solía sentirse, no tengo aún ninguna prueba fehaciente de que estos animales ataquen a las personas.

Juegos

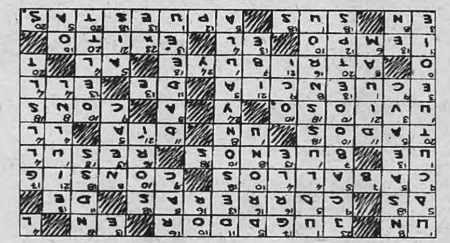
Letras y números



1	8	■	23	1	17	5	11	10	16	■	13	8	■	4
5	18	■	9	5	16	16	13	16	5	18	■	11	13	■
9	5	7	5	4	4	10	18	■	9	10	8	18	21	17
1	13	■	7	1	13	8	10	18	■	16	13	18	1	4
20	5	11	10	18	■	1	8	■	11	21	5	■	4	4
1	3	21	10	18	10 ,	■	24	■	5	■	9	10	8	18
13	9	1	13	8	9	21	5	■	11	13	■	13	4	4
10	■	5	20	16	21	7	1	24	13	■	5	4	■	20
21	13	6	12	10	■	13	4	■	13	23	21	20	10	■
13	8	■	18	1	18	■	5	12	1	13	18	20	5	20 .

► Sustituyendo número iguales por letras iguales, podrá leer un fragmento de "Las cosas nuestras de cada día", de Charles Panati.

Solucion



Discriminación e incertidumbre

(Por Marcelo Giterman) El portador interactúa en colegios, facultades, trabajos donde la discriminación es moneda corriente. Un capítulo aparte son las medidas en las que no se respetan la confidencialidad y el consentimiento para realizar el test de Elisa, por ejemplo en el servicio militar, preocupacional para ingresar en las empresas. Las obras sociales y empresas de medicina prepaga no cubren los gastos de medicación e internación. En algunos casos se buscan subterfugios para lograr algún beneficio. No falta mucho tiempo para que en los diferentes ámbitos donde trabajamos y estudiamos encontremos personas portadoras o muchos que aún no saben que lo son. Si se piensa que el SIDA afecta a la población y cada vez más a sus hijos, quedará excluida la población de la llamada tercera edad. Se deberán preparar las *distintas comunidades* intermedias para tener respuestas coherentes, solidarias, no discriminatorias que puedan enfrentar la problemática no colocando la culpa afuera así como también la respuesta. En ciertos lugares se espera la vacuna milagrosa o la campaña del ministerio y la pregunta que me surge es: *¿y mientras tanto qué?*

La gente deja de vivir, de tener relaciones sexuales porque aún no existe una cura para el SIDA. Lo peor que nos puede ocurrir es dar la espalda a la realidad o no hablar de ciertos temas por el temor de que inciten o favorezcan aquello que es temido.

Todo lo que se calle u oculte será actuado sin poder ser pensado previamente. Hoy sabemos que las campañas masivas además de costosas han sido poco eficaces, la alternativa es que estas pequeñas comunidades vayan planteando la temática, tomen medidas de prevención y no esperen que la ayuda venga de afuera pues es sumamente probable que sea demasiado tarde. El SIDA *pone al descubierto* los temas tabúes: droga, sexualidad, prostitución, muerte. Pone en cuestionamiento los preceptos de diversas religiones, algunas verdades científicas, el positivismo occidental. Este trabajo no pretende dar cuenta de los diferentes sistemas que se ven afectados por el virus, tampoco de las intervenciones apropiadas para cada sistema. Se trata de *abrir un espacio para reflexionar* entre todos. Son muchas las incertidumbres, las hipótesis no concluyentes. Es necesario seguir trabajando, pensando solidariamente en el prójimo y no bajar los brazos. Esta es una batalla de *todos*, afecta a toda la sociedad.

** Médico psiquiatra y psicoterapeuta familiar e individual.*

